

2

RECUERDOS

*En: Facultad de Filosofía y Letras: 50 años.
Ed. por J. Navarro, Eunsa, Pamplona, 2006, pp. 58-61.*



El peregrinaje de la Facultad

En los primeros años, nuestra Facultad, que nunca ha tenido edificio propio, tenía un aire nómada más acentuado: alguna dependencia en la Plaza del Castillo, algunas aulas en el Museo de Navarra, parte de la Biblioteca en la Calle San Antón. Entre los que frecuentaban aquel exiguo lugar de estudio recuerdo a Luis Miguel Enciso, que después ganó la cátedra de Historia Moderna en la Universidad de Valladolid, a José Luis Comellas, que asombraba a todos con sus saberes de Música y de Astrología como complemento a su condición de relevante historiador, y a Fernando González Ollé, que pronto consiguió la Cátedra de Historia de la Lengua y logró no moverse de aquí, donde era y es una auténtica institución. A los locales de San Antón llegó Nuria Orpi – bibliotecaria por oposición – y comenzó la tarea de catalogación de libros al frente de un pequeño equipo de licenciadas, que algo más tarde prosiguió la tarea en un simpático chalet de la Media Luna.

Eran estos los años en que el profesor Fontán, que había sucedido a D. Federico en el decanato, recordaba con una elocuente frase: “La Facultad éramos Carmenchu (la primera secretaria administrativa), la máquina de escribir y yo”.

Caí yo por aquellas fechas en Pamplona, y – aprovechando la coyuntura de que el Decano había sido profesor mío en la Universidad de Granada – me acerqué al Museo para solicitar una ayudantía de Filología Latina al tiempo que empezaba a preparar la Tesis de doctorado.

No fue todo tan sencillo, porque la única plaza de ayudante acababa de ser adjudicada. Me ofreció D. Antonio, en cambio, la posibilidad de ocupar la de Historia Antigua, materia que estaba entonces encomendada al Profesor de Griego, D. Francisco Sanmartí, que había venido de Barcelona. En cuanto a la tesis, se vio que los temas a los que yo entonces quería dedicarme eran más próximos a los intereses científicos de D. Álvaro d’Ors. No me atrevía yo a dirigirme a él, recién incorporado a nuestra Universidad y rodeado de un aura de prestigio que me imponía. Fue decisivo el consejo que me dio D. Federico Suárez: “aprenderás a trabajar bien, aunque sea muy exigente”. Fontán me presentó a él y empezamos la tarea. Cuando estuvo terminado el libro, Pedro Lombardía decía que era la “guía de teléfonos de los romanos de la Bética”.

Quiso la Providencia que, a los pocos meses de empezar el trabajo, tuviera yo que sustituir a Sanmartí en las clases de Historia Antigua, que se impartían en 4º curso de Historia. Entre los alumnos de aquel año estaban Rafael Alvira y M^a Ángeles Lizarraga. Empecé las clases siguiendo las pautas –

ciertamente rígidas – que me marcó el responsable de la materia, en la que yo era únicamente una principiante. No se han ido del recuerdo aquellas subidas de la Cuesta de Santo Domingo, con los minutos escasos y los conocimientos “frescos” – recién asimilados – y el ritmo cardíaco “a todo gas”.

La jornada laboral se completaba con unas horas de trabajo como bibliotecaria licenciada en el chalet de la Media Luna. Mi tarea estaba en el primer piso; hasta allí llegaba desde la planta baja la potente voz de Leonardo Polo, que, a veces, repriminaba a un doctorando de origen alemán: “Tú, como tus compatriotas, te estás cargando el *obiectum*”.

No tardamos mucho en cambiar de sede. Nos acogió el recién estrenado Edificio Central. El Decanato se instaló en la zona noble, en el mismo lugar en que sigue hasta ahora. Por otra parte, la Biblioteca de Humanidades se acomodó en el sótano; el ruido de las máquinas que pulían el piso del vestíbulo sobre nuestras cabezas acompañaba el empeño del estudio. Poco después pasamos al edificio que hemos tenido durante años como Biblioteca y que compartimos durante un amplio período con la Escuela de Arquitectura. Aquello era como haber llegado a la tierra prometida; además, el horario de apertura permitía trabajar allí durante muchas horas seguidas. Puede decirse que los profesores “vivíamos” en la Biblioteca, para desesperación de alguna de las bibliotecas a quien parecía excesivo el “uso y abuso” del local y nos echaba en cara que lo teníamos como “cuarto de estar”. Y eso que las salas para dirección de tesis y otras consultas habían quedado reducidas al mínimo, hasta desaparecer por completo. Hasta que

hace muy poco inauguramos el nuevo edificio de Biblioteca, espacioso y lleno de luz además de informatizado.

Los festejos de San Isidoro

En los años intermedios, cuando ya estaba la explanada como nexo de unión entre las clases en el Central y la mesa de estudio de la Biblioteca (los despachos vinieron después) hubo un florecimiento de los festejos de San Isidoro.

Se ve que por entonces todo nos parecía poco, y además había que buscar “espectáculos” originales.

Así se fueron sucediendo las capeas, que se celebraban donde se podía, en las que brillaron como primeros espadas, entre otros, Kurt Spang, Jesús Bañales y Rafael Alvira. Otras veces era necesario para la celebración un burro, que se traía a duras penas de no sé dónde, se enjaezaba y era parte importante de la diversión.

Quizá lo más llamativo fue la celebración de una fiesta medieval a la que acudieron alumnas con vestimentas de alto copete, caballeros y escuderos. La fiesta se completaba con comida “masiva” en el edificio de comedores. El año de mayor éxito fue aquel en que María Ostiz – entonces alumna de la Facultad – guitarreó y cantó para nosotros. Más frecuente, pero no menos aplaudida, era la intervención de Carmenchu Saralegui, nuestra actual Decana, que – con su bien timbrada voz de soprano – animaba las celebraciones a instancias del numeroso público. A veces resonaba también la voz vibrante y potente de Bañales que entonaba – y entona – jotas navarras con un entusiasmo contagioso.

Había una letra de Carmenchu y Bañales que decía así:

“Como en Navarra decimos,
siempre hay que marchar ‘pa’lante’
aunque haya dificultades
y, a veces, sople un mal aire”.

Hay que decir que siempre hubo en la fiesta un elemento literario: el certamen poético que se ha hecho tradicional.

El curso 1969-1970

La movida estudiantil de Mayo del 68 tuvo aquí sus repercusiones. Llegaron algunos activistas “disfrazados” de estudiantes, que pretendían desestabilizar el ritmo normal del trabajo universitario: pancartas, sentadas, asambleas... Uno de los momentos culminantes fue quizá el día en que un grupo de “revolucionarios” apedreó el autobús. Había terminado la jornada lectiva, y muchos volvíamos a casa en el autobús de las 8. Entre ellos, el propio D. Ismael Sánchez Bella; a la altura del cruce de Goimendi, salió una “banda” que – sin más miramientos – comenzaron a apedrearnos. Yo tardé un poco en darme cuenta de lo que pasaba hasta que vi que la única que permanecía normalmente en el asiento era yo; los demás – en un instintivo movimiento de defensa – habían echado el cuerpo a tierra; me puse sobre la cabeza, a modo de casco protector, el libro de Cicerón que llevaba en la mano. El conductor del autobús fue un espléndido ejemplo de serenidad y valentía; después de un primer momento de desconcierto, aceleró y emprendió la subida de la cuesta mientras los cristales de las ventanas iban cayendo hechos pedazos. Recuerdo que

D. Ismael se interesaba por cómo estábamos los de su alrededor. Llegados a la altura de la Clínica “desembarcamos” después de agradecer al conductor su ejemplar comportamiento, y con la fuerte impresión de haber salido sanos y salvos del peligro: el suceso quedó en el olvido, y el curso continuaba su marcha normal, aunque salpicada de pequeños incidentes.

Desde otro ángulo, el curso 69-70 fue “un gran año” para la Facultad: tres profesores alcanzamos la categoría de Profesor Agregado, tras duros ejercicios de Oposición: eran entonces seis los ejercicios, uno de ellos – el quinto – con varias partes. En cierto modo fue una hazaña, porque a la dificultad normal se añadía la circunstancia de que no era fácil abrirse camino procediendo de una Universidad no estatal – era un fenómeno aún mal aceptado por el estamento académico – y además ¡éramos tres mujeres!: *Rarae aves* por aquel entonces en el cuerpo docente universitario.

El brillante éxito tenía sus consecuencias: Concha García Gaínza se fue a ocupar su plaza de Historia del Arte a la Universidad de Sevilla; Ana M^a Echaide, la de Lengua Española en Santiago de Compostela, y yo volví a la Complutense: al mismo edificio A, donde años atrás había cursado la especialidad de Filología Clásica. Fue la diáspora; aunque las tres fuimos retornando, escalonadamente, a la *Universitas Navarrensis*, que nos había visto “nacer”.